

LIBROS

La escuela alemana de la agresividad

La idea de la agresividad como innata en el hombre es relativamente nueva en el pensamiento liberal. Hasta el siglo XIX —y precisamente en el siglo XIX— la «naturaleza mala» del hombre era un tema conservador y absolutista, como interpretación abusiva de la idea de pecado original y servía para justificar la instalación de una sociedad represiva, a la que se oponía la idea liberal, rusioniana, de la bondad original y la perversión del hombre por la organización social. La primera inspección científica del tema aumentó de nuevo la separación de las dos líneas: Darwin, al formular la existencia de una fuerza superior de evolución de las especies señalaba que ésta se manifestaba por una «selección natural» basada en la fuerza y en la supervivencia del más apto, que sería el único capacitado para transmitir genéticamente la línea de mejora de la especie: de ahí nació la especulación de la «lucha por la vida» («struggle for life») y

su larga escuela, y la oposición inmediata de la escuela contraria, con la idea de «apoyo mutuo» (Kropotkin), aunque Marx y Engels quedaron muy influidos por el darwinismo.

Las guerras del siglo XX y sus terribles episodios de crueldad han producido una revisión del tema y una cierta forma de aceptación por parte del pensamiento liberal. No parece extraño que esta revisión proceda de Alemania (Konrad Lorenz), donde puede existir un deseo subconsciente de llegar a la casación de la idea (injusta) de una crueldad específicamente alemana, de una agresividad alemana, para ampliarla a toda la especie: el hombre es agresivo y, más aún, todo ser vivo es agresivo. Esto es, la vida es agresiva. Para llegar a ello se ha creado una especie de zoocentrismo que resulta tan abusivo como el antropocentrismo anterior, última y reciente adquisición de la nueva humildad del hombre desposeído por Galileo, por Freud, por Einstein, de su autodeificación.

Es necesario introducir a Mitscherlich (1) en este contexto para comprender mejor su conmovido discurso. Alemán, no puede sustraerse a la subyugación de la tendencia dominante de la agresividad

(1) Alexander Mitscherlich. «La idea de la paz y la agresividad humana». Prólogo de Carlos Castilla del Pino; traducción de Jesús Aguirre. Taurus, Madrid, 1971.

innata; psicoanalista ortodoxo, acepta la idea del último Freud —tan dudosa, tan discutible— del impulso fanático o de muerte, y en ella encuentra razones para anidar el centro de la agresividad. Pero Mitscherlich sabe por la práctica diaria, por la observación científica del entorno sin apriorismos especulativos, cuál es el poder de la organización social y política como multiplicador de la agresividad. Cree que la agresividad nace en el hombre cuando pasa de hervirero recolector a acumular riquezas y se hace cazador. Su idea es la de que el hombre «que no es pacífico en su origen», ha hecho un mal reparto del poder y la fuerza hasta crear una «sinrazón organizada» que no le deja más salida que la destrucción, incluso la autodestrucción, y sus profecías son pesimistas: ni el crecimiento de las fuentes de producción, ni el consumismo como compensador de frustraciones, ni la tecnocracia podrán «pacificar al hombre». La cultura no ha conseguido prevalecer sobre la crueldad y ésta ha penetrado profundamente en aquélla: hay una amplia cultura de matar, una gran cultura de la crueldad y la cultura pacifista y de sabiduría no se ha aceptado. Los grandes maestros y las grandes doctrinas morales han fracasado; la autoridad no nos ayuda a liberarnos; por el contrario, su coacción engendra en nosotros la agresividad.

Las tesis de Mitscherlich quedan resumidas por él mismo en tres puntos. Uno es que el hombre está dotado de una pulsión agresiva sin un repertorio de comportamiento fijo. Otro, que dentro de su sociedad el hombre está reprimido y frustrado en la satisfacción de sus pulsiones, lo cual le sostiene en tensión y en la necesidad de procurarse esas satisfacciones que parecen reservadas a los privilegiados. El tercero es la «unitarización activista de la incomodidad que resulta del excedente pulsional agresivo», a cargo de representantes capacitados de la sociedad, privilegio de los poderes dominantes y de los gobiernos que los representan. Es decir, que los que llama «males decisivos» proceden en primer lugar del hombre, y en segundo lugar de la sociedad, necesariamente imperfecta por ser producto del hombre.

Este importante y claro libro está lejos de terminar el debate. Se le puede oponer otro de la escuela anglosajona, encabezado por Ashley Montagu, «Hombre y agresión» (2), que niega en redondo la idea de la depravación innata. La bibliografía sobre el tema es ya muy importante y, repetimos, el debate no

(2) «Hombre y agresión», escritos de Ashley Montagu, Barnet, Gorer, Carrighar, Scott, Schneirla, Edmund Leach, Boulding, Zuckerman, Holway, Stewart, Beatty, Shalins y John Hurrell Crook. Kairós, Barcelona, 1970.

ha concluido con el Mitscherlich, ni con el prólogo de Castilla del Pino; ninguno de los dos parece, tampoco, pretenderlo, sino ampliar los círculos de análisis de la cuestión. Precisemos, finalmente, que Jesús Aguirre ha sabido traducir en castellano claro y natural —virtudes que tienden a perderse— el alemán original de Mitscherlich. ■ E. H. T.

La crítica de la teología

El nuevo libro de Alfredo Fierro —un antiguo sacerdote hoy secularizado— es una crítica de la teología al uso en estos siglos últimos. Teología que ha abocado a un angustioso punto crítico. Por eso el título de este libro es expresivo: «Teología: punto crítico» (Editorial Sígueme, Salamanca).

Su estudio, serio y metódico, tiene suficientes materiales para dar un paso más y emprender en el futuro una verdadera crítica filosófica de la teología en sí, de la teología como pretensión de ciencia.

El teólogo alemán Walter Kasper fue el primero que, a mí, con su pequeño pero sustancioso libro *Dogma y palabra de Dios* (Editorial Mensajero), me describió con claridad «el pragmatismo eclesiológico del concepto de dogma». Para él la idea de dogma ha sufrido una evolución ha-



Alexandr Solzhenitsin
Premio Nobel 1970

primera edición mundial de
AGOSTO, 1914

Como ayer Tolstoi, hoy
SOLZHENITSIN

SIGA A BARRAL



Distribuciones de Enlace, Bailén, 18, Barcelona, 10 - Teléf. 245 54 23